

DESEO, VOLUNTAD Y PODER

Jorge Rivadeneyra A.
PROFESOR TITULAR

“La novela que no descubre una parte hasta entonces desconocida de la existencia es inmoral. El conocimiento es la única moral de la novela” (Herman Broch, citado por Milan Kundera: 16, en *El Arte de la Novela*). Por otra parte, Sulbey Naranjo, en *“Pensamiento Crítico”*, cuenta que un candidato a doctor había abandonado su tesis por no tener nada original que decir. Y Wittgenstein, informado de algo tan inusual, dijo que sólo por esa decisión, él le habría otorgado el título de doctor.

Estas afirmaciones desconcertantes no tienen en cuenta el viejo refrán de que no hay nada nuevo bajo el sol. En otras palabras, todo ha sido dicho y lo único que se podría citar sería que alguien con nombre y apellido ha introducido variables en el decir, o tildar al refrán mencionado de ultramontano, de dogmático o simplemente falso. Añádase que cada uno de los seres humanos se considera a sí mismo mejor que todos los demás, sin tener en cuenta de que *lo más fácil del mundo es engañarse a uno mismo* (Wittgenstein). Y gracias a ese auto-engaño, es factible que quien escriba suponga que todo lo que dice constituye un descubrimiento desconocido de la existencia, o algo nunca antes mencionado.

Estático en esta encrucijada donde no hay quién informe cuál de los caminos se debe elegir para que no te coma el tigre, intuyendo que echarse para atrás es tan peligroso como seguir hacia lo desconocido por uno cualquiera de los muchos caminos, o por los sincaminos, o te paralizas o deambulas aun cuando ya se haya llegado a la conclusión de que la existencia toda es un incesante deambular entre amenazas a pesar de los padrenuestro y avemarías. Desde luego, hay quienes prefieren invocar al Demonio.

Y todo este ir-venir sólo para justificar la decisión, acaso ilusa, de escribir unas notas sobre la voluntad de poder, de Nietzsche, después de tantos libros publicados al respecto, y sobre todo con posterioridad a los dos tomos del *“Nietzsche”*, de Heidegger. Puede ser una decisión temeraria empujada por ese decir también popular de que la ignorancia es atrevida, ignorancia no sólo por falta de información, sino por deficiencia de comprensión.

Para comenzar, Nietzsche dice “el devenir es la suprema voluntad de poder”. Y Heidegger interpreta esta afirmación y va más allá de Heráclito, para quien el devenir es transformación sin más, un fluir sinfín de una sustancia llamada tiempo y de lo que en él se encuentra, sin tener en cuenta que “la eternidad no es un ahora deteni-

do, ni una serie de horas, sino un ahora que repercute sobre sí mismo" (Heidegger, I: 30, "Nietzsche").

Hasta aquí descolla el tiempo como exclusivo agente de la transformación, pero Heidegger insiste en que el devenir es el ahora que repercute sobre sí mismo. Este auto-repercutir es la voluntad, pero como la voluntad es poder, éste crea los valores supremos enfrentándose con valores envejecidos, como la religión, la moral, la filosofía.

En esa confrontación no aparece el protagonismo del ser sino del tiempo; no obstante, la interpretación heideggeriana puntualiza que el devenir como confrontación de valores es el tiempo, entendido como historia. Y acentúa, en la página 39 del mencionado libro que "ningún movimiento histórico puede saltar fuera de la historia y comenzar absolutamente desde cero".

¿Acaso hay una confluencia con eso que el marxismo llama materialismo histórico?

Como quiera que sea, con esta acotación la voluntad de poder nietzscheana deja de ser el demiurgo porque de alguna manera está condicionada por la historia como cultura, es decir medioambiente y condiciones de existencia. Y más luego se devalúa otro poquito cuando el mismo Heidegger anota que los valores supremos no se producen de golpe. Además, aun cuando la voluntad siempre es poder, es decir capacidad y deseo, la voluntad no es algo anímico, es decir una facultad del alma, sino que el alma es algo volitiva (47), como si el ser humano no fuese también un ser biológico, poseedor de una energía a la que se le viene llamando alma, pensamiento, racionalidad.

Habría que precisar qué entiende Heidegger por alma y si esto no es otra manera de afirmar que la voluntad es la cosa en sí, es decir la esencia del ser, en el cual incluso las ideas son objetivaciones de esa voluntad, como dice Schopenhauer en *El Mundo como Voluntad y Representación* (112). Este pensador atribuye voluntad a todos los seres vivos e incluso a la llamada materia inanimada, porque "toda fuerza de la naturaleza es voluntad" (99).

Lo sorprendente de esta conceptualización radica en que llama *fuerza* a la voluntad como si adivinara lo que actualmente la física cuántica y la teoría de la relatividad denominan *energía*.

FOUCAULT Y EL PODER

Las transvaloraciones de Nietzsche, como el devenir de la voluntad de poder, son el resultado de confrontaciones entre valores obsoletos y los nuevos, propuestos por los filósofos, incluyendo, por qué no, a graduados en filosofía en la Sorbona, como el

legendario Pol Poth, un asesino que en nombre de una revolución, comandó la matanza de dos millones de sus compatriotas. Sin embargo, por cuanto en ese momento las preocupaciones de Michel Foucault deben haber sido otras, asépticamente anota que “la diferencia de valores proviene de que unos hombres dominan a otros hombres”. (Microfísica del Poder: 17-ss). Las relaciones de dominio generan las reglas de comportamiento y los mandamientos jurídicos que legalizan esas reglas convertidas en la verdad, son el fundamento del ejercicio del poder. Pero como todo poder produce el antipoder, **de las relaciones de dominación se desprende un valor llamado libertad.**

El ejercicio del poder, según esta concepción, es un mandato, es decir que aun cuando puede estar presente la voluntad, no se funda en ella e incluso podría ser involuntaria. Y esto también es un devenir. Por otro lado, la confrontación de valores no produce necesariamente valores nuevos que amplíen la libertad, o corrijan las injusticias con el argumento de la racionalidad. Al contrario, consolidan el poder de las instituciones no sólo gubernamentales, y este poder puede circular con el nombre de humanista, de defensa de la identidad nacional, de mejoramiento de las condiciones de existencia. “Si el poder no tuviese por función más que reprimir, si no trabajase más que según el modo de la censura, de la exclusión, de los obstáculos, de la represión, a la manera de un gran superego, si no se ejerciese más que de una forma negativa, sería muy frágil. Si es fuerte, es debido a que produce efectos positivos a nivel del deseo” (106-107).

Foucault dice que ni Marx ni Freud son suficientes para entender el problema del poder (83) y Gilles Deleuze, dialogando con Foucault, anota que hay inversiones del deseo que modulan el poder. Y el deseo, que es uno de los fundamentos de la voluntad, no tiene una dirección única, no busca solamente el placer, porque el fascismo también es un desear.

Además, la voluntad puede ser manipulada mediante el auto-engaño, el sometimiento, sin el beneficio de la duda, a la racionalidad que le demuestra que los fines son alcanzables sin necesidad de contar con medios idóneos. La confusión entre fantasía y realidad determina que la voluntad baje la guardia, es decir, que pierda su poder. Es como si cada cultura determinaría los límites de la voluntad.

Todos los seres vivos tienen alguna forma de poder. Su expresión más elemental está en la lucha por la sobrevivencia, en las relaciones sexuales donde la voluntad y el deseo se confunden. “Las relaciones de poder penetran materialmente en el espesor mismo de los cuerpos. Existe una red de bio-poder, de somato-poder que es al mismo tiempo una red a partir de la cual nace la sexualidad como fenómeno histórico y cultural en el interior del cual nos reconocemos y nos perdemos a la vez” (“La Vida de los Hombres Infames”: 156).

Sin embargo, la sociedad entera ejerce el papel de fiscal y juez mediante sus tablas de la ley, cárceles, clínicas, médicos, profesores, padres de familia. “Que fácil sería sin duda dismantelar el poder si éste se ocupase simplemente de vigilar, espiar, sorprender, prohibir y castigar” (198). También se ocupa de cultivar el saber, los *hobbies*, las fantasías. Así por ejemplo, “más que cualquier otra forma de lenguaje la literatura sigue siendo el discurso de la infamia; a ella le corresponde decir lo indecible, lo peor, lo más secreto, lo más intolerable, lo más desvergonzado” (201). A esto se refiere Herman Broch, pero como un mérito, tal como lo anotamos al comienzo de este trabajo.

EL ORIGEN DE LA TRAGEDIA

El “Nietzsche”, de Heidegger, que hemos tomado como referencia, es un pensador denso, profundamente agudo, tanto que difiere del Nietzsche que escribió las notas publicados post mortem con el nombre de la *Voluntad de Poder*, en donde, proféticamente dice que toda interpretación es una apropiación.

Como hemos visto, para Schopenhauer la voluntad es la cosa en sí. Para Nietzsche-Heidegger, en cambio, tajantemente es el poder ¿En qué se sustenta ese poder y cuáles son sus elementos constitutivos? Con el fin de averiguarlo, parece procedente incursionar, por ejemplo, por “El Origen de la Tragedia”. En ese ámbito los personajes fundamentales son Dionisos y Apolo. Actúan como dioses autónomos, separadamente, tal como los presenta la mitología griega. En ese fantástico relato, Apolo es el símbolo de la ley y el orden, es decir de la racionalidad que entiende y mide lo real, en oposición a la fantasía, a los prejuicios, a la *doxá*. Es decir que Apolo es la luz del entendimiento condensado en la lógica y la filosofía, basamentos fidedignos de los proyectos existenciales.

Dionisos, en cambio, es un dios caótico, es decir de una racionalidad múltiple y compleja, mediada por los desafueros de las bacanales. En esas orgías nada estaba prohibido. Puesto que era un dios, Dionisos se encontraba en todas partes y su presencia desataba las pasiones, el amor, el odio y la muerte, como si el placer sin medida fuese una forma de sufrimiento y de agonía. Este dios de la locura propiciaba el incesto, la antropofagia, la promiscuidad homo y heterosexual y el bestialismo. El propósito era salirse de sí mismo hasta alcanzar el éxtasis como antecedente del entusiasmo, es decir la sensación de estar poseído física y anímicamente por los dioses.

De acuerdo a Nietzsche, Apolo y Dionisos no son dos personas distintas y un solo dios verdadero. Son símbolos de la humanidad. Aun cuando aparecen como dos personas distintas, representan al hombre verdadero, con su racionalidad e irracionalidad. Pero este humano verdadero luce como un ser escindido, contrario al monolítico ser heideggeriano. Cada parte actúa de manera autónoma, como si la una fuese lo contrario de la otra, aun cuando cada una de ellas poseía elementos que les

eran comunes. Por ejemplo, los amantes del bisexual Apolo, en vez de un final feliz morían sin remedio, y a Dionisos le ocurría algo parecido; su lógica era la razón de la sin razón, como siglos después llamaría don Quijote de la Mancha a la inversión de la racionalidad, o mejor a ese aspecto oculto en los intersticios de la razón.

A pesar de esta “escisión del ser”, cabe resaltar que Nietzsche, sin especificar su propósito, como si no fuera esa su intención, resquebraja la estructura de la lógica-dialéctica hegeliana, esa de la interpenetración de los contrarios, resumida en *tesis-antítesis-síntesis*, porque Dionisos no es lo blanco frente a lo negro, esto es lo contrario, es decir la antítesis de Apolo, sino *lo contradictorio*, en el sentido de lo que nunca se transforma en una síntesis porque ésta acabaría con el ser humano tanto si se la entiende como la interpenetración de los contrarios, resumen global o reunión de elementos en un todo. Apolo-Dionisos no termina en ninguna síntesis; son la coexistencia de contradicciones sustanciales.

La fusión de las dos esencialidades en una sola, el predominio o la desaparición de cualquiera de ellas significarían la muerte.

Esas contradicciones sustanciales son teorizadas por Freud. Les llama principio de la realidad y principio del placer. Estos principios forman parte indivisible de la humanidad entera, es decir de cada uno de sus individuos, sin la escisión del ser como lo hace Nietzsche. Estos acontecimientos son asociaciones más o menos estables de elementos; constituyen un sistema. Estos principios teóricos son formas de movimiento contradictorio y coexistente, sin posibilidades de suprimirse mediante la síntesis, y el predominio de uno de ellos, por ejemplo de la razón: puede producir la ciencia, pero jamás el orgasmo de Eros. De este modo, también Sigmund Freud, indirectamente, irrumpe contra la dialéctica hegeliana.

Sin embargo, luce pertinente preguntarse ¿por qué actúan de esa manera Apolo-Dionisos, Apolo de acuerdo al principio de la realidad, y Dionisos de acuerdo al principio del placer? “Ninguno de los seres ni de las cosas tienen una causa en sentido absoluto”, anota Schopenhauer (118), porque “son fuerzas originarias, *qualitas occulta* (113). En otras palabras, son fuerzas primordiales.

Hobbes señaló que los elementos básicos de los seres vivos son las sensaciones, de hambre, por ejemplo, o de la instintividad sexual. Estas sensaciones se transforman en deseos. Por eso, Deleuze-Guattari llaman a los humanos seres deseantes. Pero los deseos, para realizarse, requieren de las mediaciones de las que habla Hegel, y una de ellas es la voluntad, pero como ésta es ciega, acude a la razón a fin de que le señale el *modus operandi*. A esta secuencia se le ha tildado de mecanicista, pero forma parte de una línea roja que viene desde Duns Scoto, pensador que durante uno de esos estrictos inviernos europeos, sostuvo que Dios es pura voluntad; creó el mundo porque quiso hacerlo, sin plan previo ni proyecto matemático, como supuso Einstein, convencido que Dios no juega a los dados, y Hegel, que

sin modestia dice que el contenido de su "Lógica" son los pensamientos de Dios cuando creaba el mundo.

Como se puede apreciar, Duns Scoto es uno de los primeros que se refiere a la voluntad divina como el poder del universo. Pero Rousseau es el primero que une voluntad y poder en el ser humano. A la fuerza del pueblo le denomina voluntad general, es decir los deseos del pueblo son el poder. Ya hemos hablado extensamente, en otra parte sobre esa voluntad general. Ahora sólo insistimos en que Rousseau es el antecedente inmediato de la voluntad de poder, de Nietzsche, que actuando en la auto percusión del ahora, deviene en transvaloración, aun cuando su teoría carece de la base de sustentación de Rousseau.

EL PRINCIPIO DE ANTAGONISMO

En el mismo comienzo del siglo XX tuvo lugar una de las más grandes revoluciones científica en el campo del pensamiento, la Teoría de la Relatividad y la Física Cuántica.

A pesar de que Marx, en el siglo XIX dijo que todas las ciencias son sociales porque son creaciones de la humanidad, a pesar de la vieja influencia de la física de Galileo y la de Newton, de la teoría de la Evolución, de Darwin, o de las teorías de la Incertidumbre, de Heisenberg y del Azar, de Jacques Monot, ambas irrupciones contra el reinado de la causalidad y de la lógica estática de Aristóteles, un anti-positivismo de secano ha impedido que esas revoluciones científicas se relacionen decididamente con las ciencias sociales.

Así ha sido, por lo menos en América Latina. Sin embargo, actualmente, según parece por influencia de pensadores como Edgard Morin, e incluso de otros, tan disímiles, como Louis Pawels y Jacques Bergier, autores de "El Retorno de los Brujos", o Fritjof Capra y su "El Tao de la Física", se ha comenzado a incursionar especialmente por lo más enmarañado de la teoría de la relatividad, básicamente a partir del teorema de que masa es igual a energía por velocidad de la luz al cuadrado. Esta fórmula, que tiene la pretensión de ser la síntesis del universo, incluye también a los seres humanos, dueños del planeta Tierra. Además introduce el supuesto metafísico de que la masa, o materia, sólo es energía condensada, organizada en sistemas, incluyendo a la vida misma, entendida de acuerdo a esta tesis, de que sólo es auto-organización de la materia, o mejor dicho de las energías.

Este es el objeto de las investigaciones de Stephane Lupasco, un autor casi desconocido, no se sabe si en toda América Latina, pero con toda seguridad en Venezuela. En una de sus obras, "Las Tres materias", parte de que todo objeto, grande o pequeño, desde el microscópico hasta el macro físico, se presenta como sistema, es decir "relaciones energéticas y su resistencia relativa impuesta por diversas fuerzas de unión, como la cohesión, el intercambio, la valencia" (9).

La diversidad del mundo está determinada por la manera de ser de la energía, imposible e incomprensible fuera del antagonismo que le es inherente. Este es el fundamento de los siguientes principios:

- a) *La ley de antagonismos*, es decir sistema energético de fuerzas antagónicas, como la atracción y repulsión, o fuerzas que unen o separan, o el universo entendido como un vasto conflicto.
- b) *La ley de contradicción constitutiva de homogeneización y heterogeneización*, de acuerdo a los cuales los elementos constituyentes se excluyen de los espacios que ocupan los unos con respecto a los otros. Este principio engendra una diversificación individualizadora de la energía, es decir una heterogeneización que explica la aparición de la diversidad, y
- c) *La ley de potencialización y actualización de todo dinamismo antagonista*, es decir que la actualización de un elemento entraña correlativamente la actualización de un anti-elemento.

Todo fenómeno es imposible sin energía; tampoco es factible sin un determinado estado de potencialización inicial y su paso a un determinado estado de actualización. Para que una energía alcance un grado semejante, es necesaria una energía antagónica, ligada a ella contradictoria y constitutivamente (123-ss).

Esta manera de ser de la energía, está sometida al segundo principio de la termodinámica llamado entropía, de acuerdo al cual todo lo existente necesariamente se desgasta a causa de sus interrelaciones, como cuando producen, por ejemplo, radiaciones como la emisión de luz o de calor.

Coadyuvantemente, vale la pena señalar que en el área de la economía política, de acuerdo a la ley de la oferta y la demanda, objeto de esta ciencia, cuando la oferta es superior la demanda, tienen lugar lo que Marx llamaba crisis cíclicas del capitalismo. Este fenómeno, cuyo análisis lo inició David Ricardo, se conoce con el nombre de Ley de los Rendimientos Decrecientes.

Estas leyes le permiten a Lupasco decir que existen tres clases de materias, 1) *la física*, es decir el mundo que nos rodea. Aquí predomina la homogeneización sobre la heterogeneización, que conduce a la entropía, es decir, el segundo principio de la termodinámica. 2) *La materia viva*, es decir los sistemas biológicos. Aquí predomina la heterogeneización, es decir un perpetuo devenir que mantiene la vida. Por eso, la muerte biológica es un retorno al sistema físico. 3) *Y la microfísica*, en la que la homogeneización y heterogeneización se encuentran asociados en un antagonismo equilibrante.

Estas tres materias se encuentran en el sistema neuropsíquico del hombre, y son el resultado de interrelaciones del principio de antagonismo. Además, "para que un sistema sea posible es necesario que los acontecimientos que los elaboran, por

su naturaleza misma o por las leyes que expresan, tiendan a aproximarse y a excluirse, a atraerse y a rechazarse, a asociarse y a disociarse" (125).

Con estos antecedentes, si la vida es energía, incluyendo a las facultades mentales del ser humano, es posible intentar una relectura de la voluntad de poder, de Nietzsche. Al respecto, Heidegger dice que según Nietzsche, la voluntad es sinónima de poder. ¿Cuál sería la energía de este fenómeno y cuál la energía antagónica ligada a ella contradictoria y constitutivamente? La indagación correspondiente no produce resultados satisfactorios porque no aparece esa energía antagónica ni en la voluntad ni en el poder porque la voluntad es un desear, principalmente de acuerdo a lo que Freud llama principio del placer y el poder, esto es la capacidad en sentido amplio, tanto de hacer, o de imponerse con independencia de la voluntad del otro, está más cerca del principio de la realidad.

En consecuencia, parece que la voluntad y el poder son elementos antagónicos, respectivamente del principio del placer y del principio de la realidad. Se puede tener el poder pero no el deseo de satisfacerlo, de la misma manera el desear, fundamento de la voluntad, puede ser anulado si no se cuenta con los medios idóneos, en cuyo caso su carencia es un poder.

Esa energía contradictoria es inherente a todos los seres vivos y específicamente al ser humano. A pesar de Heidegger, se manifiesta, en primer lugar, como instinto de conservación, y si la decisión de sobrevivir y de reproducirse, conduce a rehacer lo dado, se trata de una voluntad imperativa de llegar a ser lo que no se es. Como esta esencialidad es sustancial a la historia de la humanidad, se diría que su historia son los conflictos que han devenido en formas de organización-desorganización, lo cual incluye confabulaciones y emboscadas históricas a las que se les ha dado el temible nombre de revoluciones, aun cuando ninguna de ellas ha producido síntesis que eliminen las contradicciones, como la represión y la injusticia. En ese proceso, los deseos son el sistema de energía.